

La voz y la palabra

JULIO RUIZ BERRIO

Catedrático de Historia de la Educación de la Universidad Complutense

El periodo inmediatamente posterior a la Guerra Civil Española se caracterizó por una tendencia represiva cuyo objetivo último fue la implantación del pensamiento único y el exterminio de las voces discrepantes. Un colectivo especialmente castigado por estas prácticas fue el de maestros y maestras, abocado por su propia labor a crear mentalidades críticas. Impedir que su identidad quede en el olvido y desvelar la veracidad de los hechos son deberes propios de la preservación de la memoria histórica.

Como profetizó el poeta castellano, llegó el tiempo, el “espacio”, de “contar”, de narrar lo “sucedido” durante la guerra y la posguerra. Es cierto que se tardó mucho en iniciar la reconstrucción histórica, en recopilar y sistematizar la documentación al caso, pero en las tres últimas décadas se ha avanzado bastante en ese sentido. Al menos se ha roto el muro de silencio que el régimen franquista levantó en la guerra y en la posguerra para ocultar hechos y actividades represivas indignas, así como para hacer desaparecer de la historia a una buena parte de la sociedad española, aquella que tanto en la contienda del 36 como antes (en algunos casos siglos antes, como testimonian con su silencio los manuales escolares al caso), se caracterizó por opinar y vivir de modo distinto al de los sublevados el 18 de julio. Y entre los españoles excluidos y silenciados está el segmento inmenso y cualificado de los docentes en general y de los maestros en particular. Inmenso por su número y cualificado porque para el nuevo Régimen la depuración de los maestros no sólo interesaba a niveles personales, para eliminar o degradar a los contrarios

al Movimiento Nacional, como en el caso de otros sectores profesional, sino que además se contemplaba dentro del programa de formación del “nuevo hombre”, ya que no en balde las maestras y los maestros eran los que proporcionarían los conocimientos básicos y conformarían los primeros pasos de la religión, de la moral, de la política en la mayoría de los españoles, seguras como estaban las fuerzas vivas y las autoridades de que mediante procedimientos dictatoriales de adoctrinamiento todas las generaciones siguientes de españoles estarían educados y pensarían como los líderes del franquismo sociológico.

Los maestros habían sido, como acertadamente los ha definido el escritor Manuel Rivas en *La lengua de las mariposas*, las “luces de la República”, y ese timbre de gloria atrajo precisamente sobre ellos de modo especial la inquina de los políticos, las condenas de los teóricos del nuevo régimen, la envidia de las nuevas fuerzas pedagógicas, y la persecución continua y diversa por parte de los vencedores, tanto por miembros de las instituciones depuradoras como por vigilantes volunta-



rios de la ortodoxia en todos los ámbitos territoriales. Se dudó de todos los funcionarios de la enseñanza desde el principio, como lo demuestran las disposiciones al caso desde el verano de 1936, y se legisló al respecto de forma definitiva con la Orden de 22 de abril de 1939, “sobre depuración del Magisterio primario”, obligando a todos los maestros a presentar una instancia solicitando el reingreso en el puesto que se ocupaba el mismo día que comenzó la sublevación militar, el 18 de julio, instancia en la que había que dar cuenta y razón de todas las actividades del solicitante hasta el momento de firma de la misma. Lo que originó que hasta muchas de las figuras asesoras del Nuevo Régimen en cuestiones pedagógicas o bien las que publicaron libros que iban a marcar las nuevas pautas en la enseñanza, fueran sometidas también a procesos de depuración (por supuesto, los resultados de esos procesos variaron de unos a otros casos). A veces incluso se abrió proceso de depuración a encarcelados para muchos años, a fallecidos o a fusilados. Y, por supuesto, fueron condenados en esos procesos muchos docentes que ni siquiera habían

pertenecido a partido político o sindicato alguno, y muchos otros de confesión y vida católica (como los nuevos Principios políticos proclamaban que se debía ser, precisamente), pero que las falsas identificaciones hechas por los fontaneros y corifeos del Movimiento Nacional entre pedagogías modernas y anticatolicismo los hizo sospechosos de enemigos de la nueva España.

Al respecto quizá es bueno recordar que esta depuración profesional de la posguerra (una posguerra que en algunas zonas empezó tres, dos o un año antes) se integra en un movimiento de represión en general y de los maestros en particular desde 1936 hasta casi cuarenta años después. Como dijo el General Franco el 19 de mayo de 1939 por Radio Nacional,

“Terminó el frente de guerra; pero sigue la lucha en otro campo: la Victoria se malograría si no continuásemos con la tensión y la inquietud de los días heroicos, si dejásemos en libertad de acción a los eternos disidentes, a los rencorosos, a los egoístas, a los defensores de la ceremonia liberal que facilitaba la explotación de los débiles por los mejor dotados”.

EDUCAR EN CONVIVENCIA

Es la idea que expresó Fernando Fernán Gómez en *Las bicicletas son para el verano*, cuando a la creencia del joven adolescente al término de la contienda de que ha llegado la paz por fin, le responde el padre: “Hijo mío, no ha llegado la paz, ha llegado la Victoria”. Y, efectivamente, se desarrolló un aparato de represión tal que convirtió a España en “una sociedad vigilada, silenciada, convertida casi en espía de sí misma donde la colaboración era imprescindible para garantizar el reemplazo de la política de masas por la sumisión al poder”, como ha estimado el psiquiatra Enrique González Duro en su

Los maestros habían sido, como acertadamente los ha definido el escritor Manuel Rivas en *La lengua de las mariposas*, las “luces de la República”, y ese timbre de gloria atrajo precisamente sobre ellos de modo especial la inquina de los políticos, las condenas de los teóricos del nuevo régimen, la envidia de las nuevas fuerzas pedagógicas, y la persecución continua y diversa por parte de los vencedores.

reciente obra, *El miedo en la posguerra*. Las informaciones de Sara Ramos al respecto en el caso de los maestros castellano-manchegos testimonian la afirmación anterior.

Pero volviendo a la consideración de la depuración profesional como parte de la represión general de los maestros, creo que es bueno recordar, aunque sea esquemáticamente, que la misma abarca dos grandes capítulos. Uno el del Exilio, y otro el del Exilio interior. Por varias razones, la literatura al efecto es más amplia y conocida en el primer caso, continuando las aportaciones a la misma al día de hoy (2005), como la interesante obra de Alicia Alted, *La voz de los desaparecidos. El exilio republicano* de 1939, en que, lógicamente, aparecen referencias a docentes. El exilio, forzado por las persecuciones políticas de los frentepopulistas y en mayor número por las del franquismo, fue, cier-

tamente, una represión pura y dura. Pero yo no me atrevería a establecer comparaciones entre él y el exilio interior. Dramática fue la vida de los transterrados, pero trágica fue la suerte de los fusilados o de los que vivieron año a año, hora a hora, condenas, depuraciones, inhabilitaciones, insultos, palizas, destierros interprovinciales, hambre, miseria intelectual y sumisión pedagógica, en resumen, un auténtico exilio interior. En último término, lo importante, desgraciadamente, para la evolución de la historia de la educación creo que fue que las dos represiones cooperaron, junto a la represión de la cultura escolar republicana, a paralizar la buena marcha de modernización pedagógica de España en el primer tercio del siglo XX, en los planos cualitativo y cuantitativo, finalidad que en último término era la ambicionada por los reaccionarios para volver a imponer el hombre sumiso, típico de centurias anteriores.

Y en ese programa de represión fue una acción también importante, muy importante, el silencio del que hablaba al principio. Porque como afirma González Duro en su obra citada, “los vencedores se adueñaron de la voz pública y de la memoria histórica”, forzando a los vencidos para sobrevivir a la negación, ocultamiento u olvido de la propia historia. De ahí la necesidad actual de la tarea de recuperación de la memoria histórica de personas, culturas y hechos silenciados durante más de cuarenta años, comprendiendo entre ellos a los procesos de depuración profesional. Dificultades políticas primero y administrativas después (los cincuenta años que deben pasar para consulta de muchos documentos personales, como detalla la autora) han lastrado la labor investigadora pertinente, a pesar de lo cual hay que constatar que también se ha avanzado bastante en la recuperación de la memoria histórica en lo que a la enseñanza se refiere —manuales, política, ideología,

legislación—, y de modo especial en el capítulo de la represión del magisterio, contando actualmente con magníficos especialistas, como Fernández Soria, Salomó Marqués, Alejandro Mayordomo, González Agapito, Antón Costa, etc. Desde la primera publicación monográfica de Álvarez Oblanca en 1986 hasta las últimas aparecidas en el mercado, de Víctor Juan Borroy y de le Carlos Dueñas/Lola Grimau el año pasado, la relación de libros, de capítulos y de artículos sobre esta temática es extensa y de gran valor. A ella habría que añadir investigaciones que se están finalizando y que pronto aparecerán en las librerías, así como varios debates y encuentros científicos sobre la problemática que nos ocupa, como las recientes “IV Jornadas de Historia da Educación”, organizadas por la Universidad de Santiago de Compostela este mismo año de 2005 y dirigidas por el prestigioso catedrático de la

misma Eugenio Otero, que se ocuparon durante cinco días de la manipulación y de la recuperación de la memoria escolar en el caso de la escuela y de los maestros durante la República y el Franquismo.

Pues a ese acervo de publicaciones y seminarios científicos viene a sumarse el libro de Sara Ramos, que presenta de modo amplio y profundo el caso particular de la depuración del magisterio en Castilla-La Mancha desde 1936 hasta 1945, basándose en una larga y exhaustiva investigación documentada en varios archivos internacionales, nacionales, provinciales y locales, así como en diferentes Bibliotecas y otros Centros de documentación, como es el caso de algún Museo Pedagógico. Se complementa el libro con un CD-ROM en el que la autora ofrece la ficha resumen del proceso y su resultado de cada uno de las maestras y maestros castellano-manchegos depurados por el régimen de Franco en las fechas indicadas. ●